

Fiestas celebradas en Sevilla en 1672 en honor de Santa Teresa de Jesús

RESUMEN

El presente artículo está dedicado a Santa Teresa de Jesús. Se compone de tres partes: La primera referida al convento que fundó en Sevilla en 1575; la segunda contiene una exposición de los aspectos religiosos de la ciudad en el siglo XVII y la tercera contempla el manuscrito existente en la Biblioteca Nacional en el que se narran las fiestas de 1672.

ABSTRACT

This article is dedicated to Santa Teresa de Jesús. It is divided in three parts: The first treats of the convent what she founded in Sevilla in 1575; the second treats of the religious manifestations of the city in the 17th century, and the third is dedicated to the manuscript of the National Library about the celebrations of the year 1672.

INTRODUCCIÓN

El presente artículo pretende ser una pequeña contribución al V Centenario del nacimiento de Santa Teresa de Jesús, que se celebra en el presente año 2015. Se expone en él, brevemente, cuáles eran las manifestaciones de religiosidad que tenían lugar en Sevilla en el siglo XVII, dentro de las cuales, están encuadradas las fiestas que se celebraron en 1672 en honor de la Santa, cuando se cumplían cincuenta años de su canonización, y habían transcurrido casi cien desde que fundó en la ciudad el primer convento de carmelitas descalzas. Hay que tener presente también que el XVII es el siglo de oro del arte sevillano y que, como no podía ser otra manera, está imbuido del

sentimiento religioso imperante y totalmente unido al mismo; por ello, también se hace una breve referencia a los escultores y pintores que lo plasmaron en sus obras.

* * *

FUNDACIÓN DEL CONVENTO DE SAN JOSÉ EN SEVILLA

Teresa de Jesús, obedeciendo el criterio del P. Gracián que era el Comisario Apostólico¹, llegó a Sevilla el 25 de mayo de 1575, acompañada de sus monjas abulenses, con la finalidad de fundar en la ciudad el primer convento de carmelitas descalzas. Ello suponía incumplir la orden del Padre General de la Orden del Carmelo Juan Bautista Rubeo que, al volver a Roma tras su visita al convento de San José de Ávila, le dejó el encargo de seguir trabajando en la reforma carmelitana con la única condición de que las nuevas fundaciones estuvieran erigidas, exclusivamente, en tierras castellanas. Su estancia en la ciudad se prolongó durante un año, en concreto hasta el 4 de junio de 1576, y conoció todo tipo de vicisitudes, de tal manera que en su libro « De las fundaciones », capítulo XXV, manifestó: « confieso que la gente de esta tierra no es para mí y que me deseo ya ver en la promisión, si Dios es servido », refiriéndose a Castilla.

Sevilla fue durante todo el siglo XVI el principal puerto de enlace con las Indias, con un monopolio de salida y entrada gracias a un Decreto Real. Para su administración, los Reyes Católicos fundaron en 1502 la Casa de Contratación desde donde se controlaban los viajes y las riquezas que llegaban de las Indias y que, junto con la Universidad de Mercaderes, regulaba las relaciones mercantiles con el Nuevo Mundo. El puerto era fluvial y se llegaba remontando el Guadalquivir; ello dio lugar a que comerciantes de toda Europa se dieran cita en la ciudad, que llegó a ser la más grande de España alcanzado los 129.400 habitantes en 1588, y que se convirtió en un centro multicultural propicio para lo que Teresa de Jesús calificó como « tanta licencia para pecar ».

1 El padre Jerónimo Gracián nació en Valladolid el 6 de junio de 1545, hijo de Diego Gracián Alderete, secretario del emperador Carlos V y de Juana Dantisco, hija de D. Juan Dantisco, embajador del rey de Polonia. Santa Teresa dirigió una carta a Felipe II, el 13 de septiembre de 1577, intercediendo por él cuando fue cuestionado por Roma.

Desde su llegada a Sevilla tuvo problemas, no solo con el arzobispo Rojas y Sandoval² que no facilitaba la fundación del convento, a pesar de lo cual, ésta tuvo lugar el día 29 de dicho mes de mayo de 1575, sino también con los carmelitas calzados, que rechazaban la reforma del Carmelo e iban en contra de que las monjas se mantuvieran de la limosna en lugar de hacerlo de la renta. También tuvo problemas con la Inquisición que se hallaba ubicada en el castillo de San Jorge, que era una construcción almohade para la defensa de la ciudad, situada al otro lado del río, junto al puente que daba acceso al barrio de Triana. Miguel Carpio de Sandoval, tío de Velázquez, era uno de los inquisidores y éstos sospechaban que era una «iluminada» o «visionaria», debido a una delación que realizó una postulante que no fue admitida en el convento.³ Finalmente la Inquisición dictó sentencia el 29 de abril de 1576 absolviendo a Santa Teresa de las infundadas acusaciones. Los problemas con el Santo Oficio originaron que el *Libro de la Vida* le fuera solicitado por la Inquisición al obispo de Palencia, Álvaro Hurtado de Mendoza, y no se permitió su lectura hasta que fue publicado por fray Luis de León en 1588. Por otra parte, los enfrentamientos entre carmelitas calzados y descalzos únicamente finalizaron con la llegada del Breve Papal el 22 de junio de 1580, por él se concedía a los descalzos la posibilidad de convertirse en provincia independiente; con ello podían elegir provincial, fundar casas, darse leyes y tener libre acceso a la Santa Sede sin contar con el General de la Orden carmelitana.

El primer convento sevillano fundado por Santa Teresa se ubicó en un edificio lóbrego en la calle Armas, hoy conocida como Alfonso XIII, y se trasladaron las monjas el 1 de mayo de 1576 a la calle Pajería, hoy llamada Zaragoza, gracias a la aportación económica del hermano de la santa, Lorenzo de Cepeda, llegado del Perú donde había hecho fortuna,⁴ que entregó 6.000

2 Cristóbal de Rojas y Sandoval nació en 1502 en Fuenterrabía y falleció en Cigales el 22 de septiembre de 1580; fue hijo de Bernardo de Rojas y Sandoval, marqués de Denia y de Dominga Acelga, noble dama guipuzcoana. Obispo de Oviedo, Badajoz, Córdoba y arzobispo de Sevilla de 1571 a 1580.

3 Se trataba de María del Corro, dama que, al no ser admitida como carmelita descalza, vertió sobre Santa Teresa acusaciones que llevaron a los inquisidores de Sevilla a enviar despachos al Tribunal de Madrid, en ellos se decía que practicaba una doctrina semejante a la de los alumbrados de Extremadura.

4 En el Archivo de Indias. Patronato, 107, R,5, se conserva un manuscrito sobre los méritos y servicios de Lorenzo Cepeda en el Perú.

ducados de oro; tampoco el lugar resultó idóneo porque lindaba con el convento de franciscanos y surgían problemas por el aprovechamiento del agua para regar la huerta ya que los monjes, que la tenían espaciosa, no querían compartirla con las carmelitas. Finalmente, en 1586 se instalaron en el convento de San José, conocido hoy en día como «Las Teresas», en pleno corazón del barrio de Santa Cruz y se amplió en 1603 con la adquisición de casas aledañas. Santa Teresa no lo conoció y quien lo reorganizó y estuvo presente en su inauguración fue San Juan de la Cruz.

La iglesia es de una sola nave con bóveda semiesférica y es su autor Vermondo Resta; el retablo fue realizado por Jerónimo Velázquez en 1630 y existe en ella una Inmaculada y un San José con el Niño, ambas de Juan de Mesa del siglo XVII. La Virgen de la Pera es de Juan Bautista Vázquez «el Viejo», la Roldana realizó una Virgen con el Niño, la Piedad es obra de Luis Morales y en el convento se conserva el cuadro de Santa Teresa pintado por fray Juan de la Miseria, así como el original de su libro «Las Moradas». En la actualidad lo ocupan 17 monjas carmelitas descalzas.

SEVILLA EN 1672

La España del último tercio del siglo XVII, evidentemente, no era la misma en la que había vivido Teresa de Jesús. A Felipe II le habían sucedido su hijo y su nieto, Felipe III y Felipe IV, el cual había fallecido en 1665 dejando como heredero a Carlos II, un niño enfermizo de cuatro años, 'por lo que su madre, Mariana de Austria, sería regente hasta 1675 y dejaría el gobierno en manos de su valido Fernando Valenzuela, quien fue perseguido y apresado en el interior del monasterio del Escorial, donde se había refugiado, por Juan José de Austria, hijo bastardo de Felipe IV que aspiraba a reinar, y de hecho, llevó las riendas del gobierno de 1677 a 1679.

Durante la primera mitad del siglo XVII Sevilla siguió siendo el gran puerto de entrada de mercancías que llegaban de las Indias. Los cargadores importantes, también llamados «grosarios» a gran escala, obtenían pingües beneficios y privilegios, formaban una especie de gremio en su Universidad con sus propios estatutos, cargos directivos y fiestas patronales; su oficio era entendido como de «honesta y honrosa negociación», al contrario de los que «estando en sus casas y tiendas venden por me-

nudo y varean sus personas»⁵. Muchos se habían hecho ricos con el comercio de Indias, pues los contratos de fletes, letras de cambio y pólizas de seguro eran tan abundantes como podían serlo en Amberes. La peste de 1649 diezmó la población y el hecho de que desde 1680 los barcos que llegaban de Indias pudieran despachar tanto en Sevilla como en Cádiz provocó su decadencia.

La ciudad se dividía en barrios o collaciones que tomaban el nombre de las parroquias a las que pertenecían; llegó a haber 29 además de las numerosas ermitas, capillas, oratorios, humilladeros y hasta 44 conventos. El número de clérigos fue de unos mil entre regulares y religiosos. Solo en la catedral, hubo 11 dignidades mitradas, 40 canónigos y 46 beneficiados (racioneros y medio racioneros según la pensión que disfrutasen).

Frente a la vida de suntuosidad que llevaban los personajes ricos de la ciudad, se encontraba una multitud de pobres y mendigos hambrientos, vagabundos y delincuentes que acababan muchas veces en las seis cárceles que tuvo Sevilla. En 1650 había alrededor de 16 hospitales en los que recogían a los enfermos según la enfermedad que padeciesen. En este ambiente desarrollaba su actividad la Hermandad de la Santa Caridad. Existía desde mediados del siglo XVI y se dedicó durante largo tiempo a recoger los cadáveres de los ahogados en el río, y a dar sepultura a los pobres y ajusticiados que se quedaban a la intemperie; en 1661⁶ se renovó la primitiva regla incluyendo en ella llevar a los enfermos pobres, que no tuvieran ayuda, a los hospitales, acompañar a los ajusticiados y decir misas por sus almas, sirviéndose para ello de las limosnas de los fieles. Los hermanos pertenecían a la clase media, (Murillo fue uno de ellos), aunque también los había de la alta sociedad. En 1662 fue admitido en la Hermandad, Miguel Mañara,⁷ quien llegó a

5 De Veitía y Linaje, J., *Norte de la contratación de las Indias Occidentales*. Sevilla 1672, pp. 103 y 117.

6 Caro, R., *Antigüedades y principado de la ilustrísima ciudad de Sevilla y coreografía de su convento jurídico, o antigua chancillería*. 1634, p. 60.

7 Nació en Sevilla en 1627. De posición económica elevada, tuvo una juventud turbulenta y, tras el fallecimiento de su esposa, sufrió una conversión que le llevó a ingresar en la Santa Caridad, llegó a ser Hermano Mayor de ella y hoy en día sigue existiendo en Sevilla el Hospital de la Caridad que él fundó. Murió el 9 de mayo de 1679. Fue declarado Venerable y el proceso de beatificación quedó paralizado en el siglo XVIII.

ser Hermano Mayor y alma de la misma. Era persona adinerada de Sevilla, creó el Hospicio de Pobres con limosnas y con su propio peculio. Al principio la puerta solo se abría desde el 14 de septiembre, fiesta de la Santa Cruz, hasta el 23 de abril, día de San Jorge, pues con la llegada del calor se consideraba que los pobres ya no necesitaban este resguardo. En 1672 habían pasado por el hospicio más de 500 pobres y tenían recogidos a 20 enfermos⁸. Mañara pasó a vivir en una celda de la Caridad, vendió sus bienes en almoneda y se llevó consigo únicamente unas macetas con rosales que se hicieron famosos y aun hoy se encuentran florecientes en el Hospital de la Caridad.⁹

La religiosidad popular que imperaba en la ciudad dio lugar a que se mantuvieran las hermandades de penitencia; habían tenido su apogeo en el siglo anterior y hoy en día continúan haciendo su estación de penitencia a la catedral sevillana en Semana Santa. En el siglo XVII existió un proceso de personalización de las cofradías en torno a los pasos de misterio y habían proliferado tantas a finales del XVI, que la jerarquía eclesiástica obligó a que se rigieran por unas reglas que tenían que ser aprobadas por el Ordinario, y que hicieran de forma obligatoria estación en la catedral. La Hermandad de la Macarena obtuvo en 1624 la aprobación para realizar la salida penitencial, como lo hacían las demás cofradías; el 13 de julio de 1670 se le otorgó la escritura de propiedad de una capilla en la parroquia de San Gil, el altar de la Virgen de la Esperanza consiguió en 1684 privilegio de jubileo de las 40 horas concedido por el Papa San Inocencio XI.

Por otra parte, la Virgen de la Hiniesta fue reconocida en este siglo patrona de la ciudad y en 1649 el Ayuntamiento estableció un voto perpetuo de acción de gracias por el fin de la peste que había asolado la ciudad en dicho año. En las hermandades participaban todas las clases sociales, así magistrados y letrados pertenecían a la de Nuestro Padre Jesús de la Pasión; los estudiantes y mulatos procesionaban con el Ecce Homo de San Ildefonso, alfareros y marineros con la Virgen de la Estrella, Veinticuatro¹⁰ y Jurados con el Cristo de San Agustín, etc.

8 Martín Hernández, F., *Miguel Mañara*. Sevilla. 1979, p. 121.

9 Hace 47 años, una monja del Hospital de la Caridad me entregó unas hojitas, arrancándolas de uno de los rosales; aún se conservan verdes, sorprendentemente, no se han secado.

10 Se trataba de un cargo de la corporación municipal equivalente al de regidor, asociado a la nobleza de quien lo ostentaba.

La Hermandad de Montserrat adquirió auge a mediados del siglo XVII, al ingresar en ella los mercaderes de lienzos que costearon el culto y gasto, y en el inventario de 1672 del Cristo del Gran Poder, hermandad fundada en 1431, figuraba una corona de plata e imperial y un águila de remate del palio del ajuar de la Virgen porque las imágenes procesionaban, al igual que lo hacen hoy en día, vestidas y coronadas.

No solo existían manifestaciones de devoción en Semana Santa sino también con motivo de la celebración de la fiesta del Corpus y de la Inmaculada; tras la peste de 1649 proliferó la implantación de cruces en la ciudad en las cercanías de los templos y se encendían sus faroles a diario¹¹. Para la existencia de esta religiosidad popular fue fundamental el papel de los predicadores y los sermones utilizados por los contrarreformistas católicos. En los años, 1669, 1672 y 1679 el predicador jesuita Tirso González¹², que llegó a ser Prepósito General de la Orden, dirigió, a petición del Arzobispo Ignacio de Spínola y Guzmán¹³, sendas misiones pastorales en la ciudad. El acto de apertura tenía lugar en la catedral, la misión se componía de tres partes: acto de contrición por las calles tras un crucifijo, mientras se iba narrando de forma espeluznante la pasión de Cristo en la Cruz; lección espiritual a hombres de noche con ejemplo y ejercicio de disciplina y, finalmente, enseñanza de la doctrina cristiana y sermones que encogían el corazón de los fieles con descripciones barrocas sobre la muerte. Por otra parte, se fomentó el rezo del rosario público en las llamadas Misiones populares a raíz de la peste de 1649; el citado jesuita Tirso González y Pedro de Ulloa, dominico del convento de San Pablo, ponían gran énfasis en dicho rosario. Prácticamente en todos los templos se rezaba tras el toque de oraciones llamadas Prima Noche, y se completaba, en muchos lugares, con otro llamado de Madrugada que salía al toque de ánimas cuando se recogía el an-

11 La cruz de forja que desde 1918 se encuentra en la plaza de Santa Cruz en pleno barrio del mismo nombre, muy cerca del convento de San José de carmelitas descalzas, estuvo ubicada hasta 1840 en la calle Sierpes esquina con Rioja.

12 Nació el 18 de enero de 1624 en Arganza (León) y falleció en Roma el 27 de octubre de 1705. Fue teólogo jesuita y desempeñó el cargo de Prepósito General de la Compañía de Jesús desde el 6 de julio de 1687 hasta su fallecimiento.

13 Nació en Madrid el 7 de enero de 1632 y falleció en Sevilla el 24 de mayo de 1684, Obispo de Oviedo, Arzobispo de Valencia, de Santiago de Compostela y de Sevilla desde el 7 de octubre de 1768 hasta su fallecimiento.

terior. Tuvieron que tener cierta regulación y surgieron las hermandades de Gloria de Nuestra Señora del Rosario desde la segunda mitad del siglo.

Se instituyeron las fiestas de la Inmaculada tras las discordias habidas en Sevilla en la segunda década del siglo XVII entre los partidarios de la Inmaculada Concepción y los que no lo eran. En estas discordias participó activamente el pueblo siguiendo a los franciscanos, jesuitas, cartujos y mercedarios que se postulaban a favor, o a los dominicos que eran contrarios. Desde 1613, los Seises, diez niños que hoy en día siguen bailando la música sacra, comenzaron a hacerlo durante la octava del Corpus en el presbiterio bajo de la catedral, con los trajes de pajecitos; el marco litúrgico adecuado fueron las llamadas «siestas» de la catedral y se instituyeron en la celebración eucarística vespertina. También bailaban en la octava de la Inmaculada y, asimismo, a partir de 1695 los Seises realizaron el baile sagrado en el Triduo de Carnaval, formado por los tres días anteriores al miércoles de ceniza. En 1671 fue canonizado Fernando III y se celebraron espléndidas fiestas descritas por Torre Farfán,¹⁴ con construcciones efímeras de arquitectura por la ciudad.

La imaginería y la pintura sevillana se vieron impregnadas del sentir religioso popular y de sus devociones siendo manifestación de los numerosos encargos realizados por el clero para conventos e iglesias. El gran imaginero barroco del siglo XVII fue Martínez Montañés: a él se deben entre otras obras el Cristo de la Clemencia y el Cristo de los Cálices de la catedral sevillana; destaca, asimismo, la figura de La Roldana hija de Roldán quien realizó entre otras, las imágenes de la Virgen de la Estrella para la hermandad del mismo nombre, la Virgen de Regla de la Hermandad de los Panaderos y la Virgen de la Sede del Hospital de los Venerables de Sevilla. Juan de Mesa, discípulo de Martínez Montañés fue el autor, en 1620, del Cristo del Gran Poder, y Francisco Ruiz Gijón llevó a cabo en 1682 la impresionante y patética imagen del Cristo de la Expiración, conocido como popularmente como «El Cachorro». Todas las imágenes de Cristo impactan por su realismo y transmiten a la perfección el sufrimiento y el dolor que se plasma en ellas.

14 Torre Farfán, F., *Fiestas en la Santa Iglesia Metropolitana y Patriarcal de Sevilla al nuevo culto del señor rey San Fernando el Tercero de Castilla y de León*. Sevilla. 1671.

Por otra parte, cabe decir que el XVII es el siglo del esplendor de la pintura sevillana, Valdés Leal, Herrera el Viejo, Zurbarán, Ribera, los primeros años de Velázquez y Murillo. Dado que era el clero regular y el secular el que realizaba la gran mayoría de los encargos, la producción de todos los pintores era mayoritariamente religiosa. Murillo realizó, en su gran momento de madurez artística, los cuadros del altar mayor y las capillas laterales del desaparecido convento de los capuchinos, según el encargo que recibió de ellos, y que se conservan en la actualidad en el Museo de Bellas Artes de Sevilla, salvo el dedicado a la Porciúncula. Dichos cuadros tuvieron que salir en barco hacia Cádiz para evitar que fueran objeto de la rapiña del comisario de bellas artes francés Quilliet,¹⁵ que se llevó de Sevilla y del resto de Andalucía cuadros y demás obras de arte, al igual que despojó al Monasterio del Escorial en 1810. Los lienzos que pintó Murillo para el convento de los capuchinos tienen relación con la orden franciscana salvo el titulado *Santo Tomás de Villanueva repartiendo limosna*, en el que pintó a dicho santo de la orden de San Agustín. También realizó cuadros sobre la vida de Santo Tomás de Villanueva para el convento de los agustinos de Sevilla. En 1671 acabó las pinturas del Hospital de la Caridad, encargo de Miguel Mañara, padrino de dos de los hijos del pintor, al igual que Valdés Leal finalizó en dicho año sus *Jeroglíficos* para dicho Hospital.

CÉLEBRES FIESTAS AL DÍA EN QUE FUE TRASLADADA AL CIELO SANTA TERESA DE JESÚS, CELEBRADAS DESDE 14 A 23 DE OCTUBRE DE 1672, EN CASA DE FRANCISCO ALDANA TIRADO¹⁶

Dichas fiestas en honor de Santa Teresa, que se han de encuadrar en el contexto de las manifestaciones de religiosidad sevillana, se celebraron el mismo año en el que se nombró prior del Monasterio del Escorial al P. fray Marcos de Herrera, sobre quien recayó el peso de su reedificación tras el pavoroso incendio que lo devastó de 1671.¹⁷

15 Apenas llegado al trono José Bonaparte, fue nombrado «conservateur des tableaux» dentro de la «administration générale du mobilier de la Couronne». Es autor de un «*Dictionnaire des peintres espagnols*», publicado en París en 1816 y de «*Le arti italiane in Spagna*», publicado en Roma en 1825.

16 Biblioteca Nacional de España.MSS.Micro/13695.

17 Díaz García, G., *Reedificación del Monasterio del Escorial después del gran incendio de 1671. Visicitudes-intrigas-festejos*, Ediciones Escorialenses. 2005.

Como anteriormente se ha dicho, habían transcurrido casi cien años desde que Santa Teresa fundara, en 1575, el primer convento de carmelitas descalzas en Sevilla y hacía 50 años que había sido canonizada por Gregorio XV junto con San Isidro, San Felipe Neri, San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier. Las fiestas consistieron en un certamen poético dedicado a la Santa, en un marco lleno de barroquismo, como se apreciará con la lectura del manuscrito que se encuentra en la Biblioteca Nacional, en el que no faltaron elementos tales como multitud de reliquias de otros santos además de las que pertenecían a Santa Teresa, tan del gusto de la época y tierra de su sepulcro. Acudieron a casa del citado presbítero Francisco Aldana Tirado, diversos poetas entre los que destaca Miguel Colodrero de Villalobos¹⁸, cuyo maestro fue Góngora y está encuadrado dentro del culteranismo. Por el contenido del manuscrito sabemos que también se celebraron al año siguiente.

La casa en la que tuvieron lugar las fiestas quedó adornada de la siguiente forma:

«no cielos de incógnita materia, sí de carmesí y seda fueron los que adornaron la techumbre de una sala, continuando sus hermosas listas desde cielo a suelo por las cuatro paredes de la estancia que coronó vistosa guirnalda de floreros que, con sus dorados marcos, hacían una deliciosa primavera, cuidados del delicado pincel del maestro Pedro de Campaña . Donde hacían la juntura las dos principales paredes se formaron sobre frontal blanco de damasco bordado, cuatro gradas cuyo adorno fue raso con diferentes matices y hermosísimas pautas de volante de berbería. El medio de la primera grada ocupó un pequeño altar con frontal morado y sitial de felpa y oro del mismo color, en que estaba la sagrada efigie de nuestro Redentor crucificado dibujado en Roma sobre una cruz de ébano, a quien concedió la santidad de Urbano VIII y Alejandro VII indulgencia plenaria para todas las personas que con su Majestad en las manos le entregaran el alma en la hora de su último aliento. A los pies de este altar, que adornaban blandones de vidrio y ramos, estaba un funesto féretro cubierto de pardo tafetán con flecos de seda negra y oro y, en él, un simulacro de mi Teresa

18 Nació en 1608 ó 1611. Administrador del Duque de Sessa, el protector de Lope de Vega, en sus estados de Aragón y Cataluña. Publicó su primer volumen de versos a los 21 años. Destacan sus sonetos a la fugacidad de las rosas y sus epigramas.

difunta hecho de la tierra del depósito de su santo cuerpo, asistido de cuatro leones que le hacían escolta, cada uno al pie de un blandón de vidrio negro y blanco, y a la cabecera del féretro ciriales y Cruz alta con manga negra de felpa y oro, caldereta de agua bendita e hisopo, todo de la misma especie que los blandones. Delante, en almohada de brocado blanco, en un relicario de plata dorada, se puso a la veneración el milagroso hueso de mi querida y Santa madre Santa Teresa de Jesús, a quien concedió el ilustrísimo y reverendísimo señor Don Ignacio de Spínola y Guzmán, dignísimo arzobispo de Sevilla, 40 días de indulgencia. A los lados en candeleros de plata estuvieron seis luces, dos hermosas capillitas de reliquias de diferentes santos, vasos de alabastro con olorosas aguas y de cristallino vidrio veneciano con diversidad de flores.

En la segunda grada tuvo el primer lugar un arca por cuyas vidrieras muestra una carilla de su muslo el glorioso obispo San Víctor, y otra del brazo del señor obispo San Justo Martínez, y admirables y preciosas reliquias, huesos y cenizas de los santos mártires del Sacromonte de Granada, a la cual arca servían de peana almohadas de carmesí encarnado en que estaban las santas reliquias de Santa Úrsula y sus compañeras, Santa Apolonia, San Crispín obispo, San Valeriano, Santa Inés, Santa clara y otras muchas pequeñas admirables tenía por remate el arca una urna de cristal que dentro de sí encerraba un pedazo sagrado del árbol a que ató la perfidia judaica al Cristo Nuestro Señor en casa de Anás, con una cruz de plata llena de diferentes reliquias de varios mártires. Al lado diestro de esta arca estaba la santísima efigie de María Nuestra Señora de Copacabana labrada con flecos de carmesí y plata, entre estas andas y su relicario, que en si guardaba un hueso del glorioso obispo San Gaudencio, estaba un aparador de curiosas y pequeñas piezas de vidrio y una imagen del glorioso lusitano San Antonio de Padua con el Divino Amor que sobre el breviario tiene en sus brazos. Al lado siniestro, en andas como las de Nuestra Señora, estaba una galante hechura de marfil de aquel dichosísimo tesorero del Arca verdadera del testamento, en que por nueve meses estuvo encerrado el Santísimo, María, que en el agosto sacramento de la Eucaristía con vida a las almas que dignamente le reciben, el señor San José a quien Jesucristo, verdadero Dios y Hombre, obedecido en este mundo. Entre estas andas y otro relicario con un hueso de la luciente antorcha de Granada, amantísimo padre de los pobres, el glorioso patriarca San

Juan de Dios, estaba otro parador como el antecedente y después, una garbosa hechura del lego guardián, tesoro de Alcalá de Henares San Diego, hecha por el gallardo artífice Gaitán.

En la tercera grada tuvo el mejor lugar el que a la diestra de Dios Padre está sentado, y en mi altar estuvo recostado en forma de un bellissimo Niño Jesús hecho de bronce vaciado con grandísimo primor, sobre los instrumentos de sus sagrada pasión, en una cama de madera semejando al coral, con cielo cenefas y caída de tela y puntas de plata, delante de la cual, en copa de alabastro, estaba una poma de cristal con filigrana y a los lados sendas cesticas de vidrio celeste y dorado con diversidad bien imitadas frutas. Al lado derecho, en altar con frontal de lana encarnada guarnecido plata, estaba un hueso del santísimo Pontífice y mártir San Fabián y, después, debajo de palio encarnado bordado de oro y aljofar, un modelo de Nuestro Redentor con la cruz sobre sus hombros y la mujer Verónica delante sobre peana de nácar y carey. La hechura de Nuestro Redentor echa de mano de aquel, nunca bastante celebrado, maestro Martínez Montañés a cuyo nombre aplaudirá eternamente la fama y la Verónica es de nuestro sevillano Blas Muñoz, a quien el primor de sus obras han esculpido en bronce para duración eterna. Seguía a estas imágenes un relicario con un hueso del invicto mártir San Silio y remataba este lado con un primoroso nacimiento de vidrio, a quien festejaba una rueda de ángeles danzando, dadas las manos con curiosidad excelente. Y al izquierdo lado, debajo de otro palio como el antecedente y en urna de ébano, carey y plata, estaba una galante hechura de Jesucristo Nuestro Señor acabado de azotar tomando sus vestiduras, que con decir es de mano de Blas Muñoz, mudamente, le doy la alabanza y realce que merece. Después en otro altar como el del diestro lado, en peana de jaspe dorado y relicario de cristal, estaba un hueso del invencible mártir español San Lorenzo y después en otro relicario una del glorioso mártir San Mauro y, dando fin a esta grada, estaba precioso coro de ángeles de vidrio con realejo, facistol y variedad de instrumentos músicos.

En la cuarta grada, por ocuparla el cielo de la cama del Niño Dios, no hubo en el medio cosa alguna; al lado derecho estuvo un clavo de la mano de Jesucristo Salvador y metido por el agujero de la santísima Cruz, a quien la santidad de Urbano VIII concedió, venerándole, infinitas indulgencias. Después una hechura del Santo Pedro apóstol de mano de Blas Muñoz con

tiara y cruz pontifical y al lado un hueso, aunque pequeño, grande por ser del glorioso evangelista San Marcos y una caja de vidrio con nueve huesos de los santos mártires de Arjona, y sobre frontal blanco en relicario de plata un hueso del glorioso obispo de Sebaste y prodigioso mártir San Blas. Al lado izquierdo estaba otro clavo como el antecedente y una hechura del soberano precursor san Juan Bautista con harta propiedad, y un hueso del glorioso mártir San Fortunato obispo y otra caja con siete huesos de los santos mártires del Japón y otro de las 11.000 vírgenes ; en frontal como el antecedente un relicario de plata con dos porciones de carne del glorioso confesor San Diego de Alcalá y a los remates esquinas de esta grada, sobre dos columnas de vidrio veneciano, dos negros de lo mismo con azafates blancos de frutas y flores en sus cabezas. Sobre estas gradas se formó de arquitectura el cuerpo principal del altar que era sobre seis pedestales de carmesí y plata, otras tantas columnas salomónicas vestidas y adornadas de rosas de plata con capiteles y plumas de lo mismo matizadas de rosas encarnadas; sobre las dos columnas principales se elevaba un arco de puntas de milán de oro que, saliendo otros dos de sus esquinas paraban sus puntas en una columna como las antecedentes ,que en medio de las principales se descubría a lo lejos todo este nicho, un modelo de la gloria formando globos y nubes de blanca gasa y, repartidas a trechos, estrellas de plata y serafines que asistiendo a la soberana reina de los ángeles María, que descendía de aquella celestial tierra, salen con una cadena de oro en sus manos, bien aderezado en pecho de diamantes premiando con tan precioso don a la Santa Madre y mi querida virgen Santa Teresa de Jesús que, de rodillas inclinada la cabeza, la recibía al mismo tiempo que el dichosísimo padre putativo de Dios humanado le ponía un blanco cendal bordado de varios y vistosos colores; era el vestido de la Santa Madre de felpa bordado de plata con un Jesús de oro en el pecho y correa de raso negro bordada de oro y perlas. A los lados de este principal nicho, entre las cuatro columnas estaban sobre hermosas peanas doradas y estofadas, los dos queridos primos Jesús hijo de Dios y de María su precursor el Bautista que, como divino Cordero de Dios, le señalaba con el dedo. Ceñía estos dos nichos una cornisa carmesí y puntas de Milán de oro que, quebrando en las dos principales columnas, subía sobre dos medias rodajas a coronar el nicho principal sobre que se levantaba una pira de cinco altares, vestida de blanco y guarnecida de puntas como las de la cornisa, ribeteada de vistosas plumas blancas, toda

cuajada de indecible variedad de flores hechas en Asís tan al natural que algunas naturales, que entre ellas pusieron, parecieron imitar a las fingidas, excediendo el primor del arte a lo admirable y hermoso de la naturaleza. Adornaban las gradas de esta bella primavera dos medios cuerpos de cera de hermosísimos niños, dos arcas plateadas dentro de las cuales están un rosario y pedazo de túnica de la venerable madre María de Jesús abadesa del convento de la Concepción franciscana de Ágreda, y otro rosario del báculo de aquella divina pastorcita niña virgen y mártir de la primitiva Iglesia discípula de San Andrés apóstol, Santa Alena de Flandes a quien a puñaladas, quitándole la vida al cuerpecito tierno, se la dio a la purísima alma su tirano padre y, en el mismo instante, se convirtió en un fructífero avellano el báculo de la santa niña que, desde entonces hasta hoy, da copiosos frutos que por reliquias se veneran en toda la cristiandad. Adornaban también esta pira, en un relicario de plata dorada, dos fragmentos preciosos de la sobre cama de mi divina Teresa el uno y el otro de su confesor el gran duque de Gandía, general dignísimo de la mejor y más Santa Compañía de Jesús, San Francisco de Borja, paño dichoso que mereció servir de manteo a los invencibles hombros, y en otro relicario del mismo metal tres partecitas del manto, velo y toca de mi gloriosa Santa Teresa y entre otras ocho piedras más que rubíes, esmeraldas y diamantes preciosos, cuales fueran del santísimo pesebre de Nuestro Redentor, del arco o ventana del Ecce Homo, de la casa de Santa Isabel, del desierto de San Juan Bautista, de la fuente de la Virgen, del santísimo monte Calvario, de la villa de Belfagé y del arroyo Cedrón; una parte de aquella ara dichosa donde por última fineza nos dejó estampados sus santísimos pies Jesucristo Nuestro Señor cuando subió a los cielos, está en relicario de plata y aquellas en muy curiosos viriles de vidrio, sin otra variedad de reliquias pequeñas que, por no dilatar me, omito. Para fin de esta fábrica, el que no le tiene, ni principio, Jesús Niño Divino que, llorando y en carnes por nuestras culpas, recostado sobre el cabo de una antorcha daba fin a la luz de ella dando en tierra con la luz como que le costó tampoco el formarla que apenas le costó las cuatro letras de un «fiat»; la hechura de este niño era bien extraordinaria y de garbo más que excelente, la cual rodeaba un sol de blancas plumas y peana dorada y estofada, ésta haciendo papel de almohada y aquel de altar al supremo Sol de justicia que, al lado de sus pies, tenía aquella admiración de Roma que tanto cuidado costó al santísimo Papa Sixto V colocarla donde hoy está, la aguja de

San Pedro repartida en dos pirámides y formada en Flandes de sutilísimas maderas, prenda en que echó el rey toda la curiosidad; adornaban todo este altar diversos ramos de seda y, bien repartidas en candeleros de plata, luces que haciéndose pabilo o, por mejor decir, deshaciéndose entre sí, se consumían y abrasaban a porfía por tributar humos y ofrecer llamas a la más abrasada mariposa, la sapientísima doctora mística de la iglesia, mi querida madre Santa Teresa de Jesús».

Como se puede observar, no cabe mayor barroquismo ni mayor proliferación de elementos religiosos decorativos para dar marco a estas jornadas llevadas a cabo como exaltación de Teresa de Jesús. Durante los días que duraron las fiestas se sucedieron las lecturas de múltiples poesías, se recitaban sonetos, décimas, octavas y quintillas por diversos poetas. Los poemas, más o menos inspirados, servían de alabanza a Santa Teresa así como las interpretaciones musicales con cítara y vihuela que tuvieron lugar el día 17 de octubre, o las danzas que se interpretaron el día 19. También hubo predicaciones y el último día de la fiesta, en el que la música y la danza duraron hasta la noche, el padre Antonio de Jesús María, rector del colegio del Ángel y Provincial de la Provincia Descalza, envió a sus religiosos de dos en dos a visitar la reliquia de la Santa Madre, personándose, finalmente, él mismo con el padre superior.

A continuación se transcriben los fragmentos más destacados del sermón con el que finalizaron las fiestas. Puede resultar sorprendente la comparación que se hace en él de Santa Teresa con la Santísima Trinidad, justificándolo con el propio nombre de la santa «Ter-es-ya», y las manifestaciones sobre la unidad de Teresa con Jesucristo.

«En aquel suntuoso templo de Salomón labró su gallardo artífice una suntuosa portada para cuyo ornato puso a sus lados dos hermosísimas, cuanto fuertes columnas, cuyos nombres eran casi uno mismo porque aunque eran diferentes en su voz, no lo eran en la significación, con que una y otra tienen el nombre de fortaleza».... «eran aquellas columnas de una misma altura, disposición y robustez y ambas puestas para una misma cosa en la puerta del templo *ad pulchritudinem*, y así fueron iguales como en los ministerios en el nombre. Fue misteriosa representación de la Iglesia aquel majestuoso templo; en este pórtico de la Iglesia fue levantada aquella omnipotente columna, Jesús en la sacrosanta basa de la Cruz, después de haber

enseñado con su doctrina y ejemplo al mundo».... «El capitel de esta columna fue el Espíritu Santo, como en el Jordán vio San Juan. Esa columna dio y puso al mundo leyes, reglas, y preceptos para que todos las guardasen; padeció por voluntad de Dios y amor de los hombres indecibles tormentos, persecuciones y trabajos. Imposible sería hallar columna que pueda igualar con esta y en la verdad es así pero, en sentido acomodaticio y alegórico, veamos pues si puede haber columna que sobre la basa de la Cruz tenga su fundamento. ¡Y qué crucificada vivió siempre mi querida Teresa de Jesús!, sobre la basa del padecer se hizo firme, con cuánto cuidado estuvo siempre cebando la lámpara de su alma con el ayuno, con la abstinencia, con la mortificación, con el cilicio, con la disciplina, con el sufrir y padecer cuarenta años de enfermedad continua sin faltar del coro y demás obligaciones. Ver aquí ya levantada esta incontrastable columna de la fe sobre la basa de la Cruz para atraer las almas al Jesús que en sí tiene mi Teresa, que tiene por capitel el Espíritu Santo como se ve en sus sagradas efigies. A casi un mundo (que justamente se le puede llamar así a su sagrada religión) dio reglas, doctrinas y preceptos. Padeció indecibles persecuciones y afrentas por el amor de Dios y de los hombres, pues dijo muchas veces que daría mil vidas que tuviera porque una sola alma no se condenase. Hasta aquí, bien iguales me parece están estas dos columnas, veamos si podemos descubrir lo sean también en los nombres; entre los ordinarios y dulcísimos coloquios que Jesús tenía con mi Teresa un día le preguntó cómo era su nombre, como si hubiera cosa oculta a la suprema e incomprehensible sabiduría. Ven acá esposa, le dice, ¿cómo te llamas? Y ella con el donaire y gracia de siempre le responde: Teresa de Jesús y vos, divino amante mío, ¿cómo os llamáis? Yo me llamo Jesús de Teresa. Pues tomamos allá estos dos nombres y ved si, aunque al parecer dicen disparidad sus voces, son un nombre mismo en la sustancia y con esto sabrá el mundo que la prueba de que estas dos columnas son iguales es que tienen un mismo nombre... ¿Podré yo hacer ver que Teresa será semejante a Dios?, ¿que sea semejante a la Divina Trinidad?, ¿podrá caber en un sujeto el ser tres sin ser Dios? ¿Podrá un cuerpo humano considerarse con visos de tan divino que sea omnipotente a semejanza del Eterno Padre, Suprema Sabiduría a semejanza del Divino Verbo e infinito amor a semejanza del Espíritu Santo? Ciertamente es que no es posible...» «Pero he de ver si es posible, sin salir de misterioso nombre de mi santa madre, trayendo el anagrama que una bien cortada pluma del Carme-

lo trajo en ocasión como ésta. En el nombre de esta prodigiosa virgen en latín Teresia y sin alterar letra alguna, sólo con pronunciar las sílabas con alguna distinción, Ter-es-ya se ve claramente que *ter* significa tres, y aquel *es*, segunda persona del verbo *sum*, significa eres, y juntas estas dos dicciones dicen que es tres Teresa, y esto no sólo para nosotros sino es también para con Dios y más es que también lo hemos de hallar en su nombre, ¿qué nos sobró en él? Esta partícula *ya* y dice el cardenal del Belén que esta *ya*, última sílaba de la palabra Alleluya, es uno de los nombres de Dios que tiene el idioma hebreo, con qué bien claro manifiesta su nombre Teresia que es tres...» «Para atribuirle a mi Teresa el tributo de omnipotente que se le da Padre, no es necesario saber más que el milagroso ánimo y valor hecho para cualquier cosa que le acontecía, así fundar monasterios de religiosos como de religiosas, padecer persecuciones, contradicciones e imprudentes mandatos de sus confesores y prelados. A mí me parece y, a lo que dicta la razón, no hallo otro origen de esa grandeza y generosidad de ánimo sino estar esta Santa tan transformada en Dios que, así como hierro cuando está en el fuego, se viste de sus condiciones de luz para resplandecer y de calor para quemar y finalmente se acondiciona todo a la naturaleza y condición del fuego, así esta maravillosa Santa, barra fuerte de hierro encendida en la fragua del Espíritu Santo, como estaba toda unida y transformada en Dios, participaba de la nobleza y generosidad de su Espíritu y por medio de esta participación no sólo era confortada su santa alma, sino en cierta manera, era todopoderosa, que esto es lo que por medio de esta comunicación experimentaba en sí San Pablo cuando decía todas las cosas puedo en virtud de aquel que me conforta y está unido junto conmigo; así comúnmente, los que comunicaban a mi querida madre y Santa la llamaban Teresa de Jesús la omnipotente porque ninguna cosa se le hacía difícil de conseguir como entendiase era servicio de Dios Nuestro Señor, ni dejó de alcanzar jamás alguna de las que emprendió porque ningún trabajo ni dificultad la admiraba, antes, como valeroso capitán, hacia aquella parte dirigía la lanza donde hallaba mayor resistencia y acometía con más ánimo donde veía mayor dificultad y se ofrecía más ocasión de padecer...» «Se desposó el Soberano Esposo con mi querida Teresa y le dijo a la entrega de las arras: tu honra es mía y la mía es tuya, recibe en arras este clavo que es señal que serás esposa desde hoy...» Y estando tan unidos que Dios está en Teresa y Teresa en Dios...» «Todos los atributos que se deben dar a su Majestad le

pueden atribuir a su amada esposa...» «Como de justicia el soberano renombre de Teresa de Jesús la omnipotente. Se le puede atribuir a mi Teresa el admirable tributo de sabiduría que se le da al Divino Verbo, hijo de Dios; es tan fácil la prueba como saber que le dio a entender su amado esposo tanto cuanto pudo, le daba noticia de las cosas más secretas y ocultas...» «Como ella lo dice en el libro de su vida, en su rapto vio a la Santísima Trinidad y entendió, en soberano modo, aquel divino secreto que debajo de siete sellos estuvo oculto a todos...» «Teresa, a quien le viene propiamente el atributo de la sabiduría única entre todos los santos de la Iglesia...» «Profetizó la muerte de San Pedro de Alcántara, su subida al cielo, la muerte de ella misma ocho años antes que fuese, la pérdida del rey don Sebastián, la muerte de mi señora doña María de Ahumada y Cepeda hermana de nuestra Santa Madre...» «Ni en el cielo ni en la tierra había cosa oculta a Teresa...» «El Esposo de su amante esposa le dio este admirable don de sabiduría...» «Perseguían a mi Teresa en sus fundaciones por todas partes y llovían sobre ella tantos y tan innumerables trabajos...» «Que fuera imposible poder resistirlos y tolerarlos, aún con ser de tan varonil ánimo, sin la ayuda de todo un Dios que la consolaba y favorecía...» «Como era tal el amor que a la Majestad tenía, en nada reparaba, siempre adelantaba más sus intentos atropellando montañas de dificultades y la causa de esto era que el amor de Teresa era el finísimo y más acendrado oro de la fragua ardiente de su corazón divino dentro de la caridad...» «Para distinguir el falso oro del fino el artífice lo pone en el crisol, acerca la llama de la fragua y si haciendo una, dos y tres pruebas o ensayos resiste, entonces le reconoce como finísimo oro; pero si el fuego le combate se deshace y consume no lo tiene por oro aunque al parecer lo haya sido, sino por un falso y combustible metal. Oh! Teresa mía, y qué acendrado fue siempre y que finísimo el oro ardiente de la caridad! Pues, cuanto más le combatían los trabajos, entonces más purificado, más acendrado se resistía...» «Vestían y adornaban las paredes del templo de Salomón unas láminas de oro, atravesaban las láminas unos clavos de oro y estos son clavos de amor, en estos clavos está el amor de la caridad. El clavo penetra como la caridad, hasta lo más retirado e intrínseco del enamorado corazón divino de mi Teresa, lámina ardiente del oro finísimo de la caridad. Muchas veces le penetró e hirió con la punta de un dardo de oro un abrazado serafín y en otra ocasión con un clavo penetrante la traspasó el alma el Señor de los cielos, sintiendo los dolores que su mari-

do había sentido en su santísima pasión...» « Este clavo que dio firmeza a esa purísima lámina del templo de la pureza, fue como los del templo de Salomón, el clavo de dolor fue de deleite...» «Rásgase el velo una y muchas veces, goza nuevas glorias la celda de mi Teresa y un abrazado serafín con una lengua de oro ardiente, significada en ella la inextinguible caridad de aquel orden de espíritus celestes, tocó a fuego en el santísimo corazón de mi Teresa; más aquí no sucedió lo que con los apóstoles santos el día de Pentecostés, que ellos quedaron llenos de aquel divino y amoroso fuego, pero en Teresa, el serafín, con el fuego en el que venía templado el amoroso arpon halló mayor volcán...» «Parecía que la llama quería encender y abrazar al serafín que, como Teresa, era centro del Espíritu Santo. No estoy contento todavía que Teresa sea igual con su esposo, poderosa como el Padre, sabia como el Hijo y centro del amor como el Espíritu Santo y que siendo una sean tres, sino que ha de estar tan unida con Dios que su sangre se ha de ver en el santísimo Sacramento del altar...» « Toda la Iglesia Católica descende de Jesucristo, su primer progenitor, que por la salud del género humano derramó en el admirable madero de la Cruz su preciosa sangre para darla a su única hija la Iglesia, por cláusula de su testamento, como a única heredera de todos los dones, prendas y riquezas que la dejó en sus siete sacramentos. ¿Quiénes son tus padres hermosísima virgen Teresa? ¿De quién descienes? Yo, dice infinitas veces, soy hija de la Iglesia; pues la Iglesia, ¿de qué sangre descende? De la de Jesucristo, por eso, muy bien pudiera quedar ya probado, pero quiero decir un favor que Dios le hizo comulgando un domingo de Ramos. Recibió mi Teresa aquel Pan de los Ángeles en su boca, y al instante sintió que se le había convertido en sangre la santísima Hostia consagrada, sintió que toda su cara y cuerpo participaba de aquel licor divino, que parecía estaba tan caliente como si le acabaran de sacar del cuerpo de Jesucristo; tragó la sangre y se unió a la de su cuerpo. Luego, si ese cuerpo tiene la sangre de Cristo y en el sacramento augustísimo del altar está vivo el cuerpo, no le puede faltar la sangre que Teresa tiene ...» «Donde está Teresa está esta sangre y está unida la de Teresa...» « Estando mi Teresa en este emporio del orbe, mi gran Sevilla, cierto día después de haber recibido la Sagrada Comunión vio y conoció que su alma se había transformado en Dios haciéndose una...» «Teresa danos, pues tienes en tu mano la de Dios, con su poder y tu intercesión, su gracia para que viviendo como

tú en esta vida, tengamos en fin y gocemos lo que tú has merecido gozar en la Gloria».

El sermón, como podemos apreciar, ensalza a Santa Teresa hasta el punto de querer demostrar que era semejante a Dios y es el broche con el que finalizan unas jornadas dedicadas a su alabanza a través del deleite que son para los sentidos la poesía, la música y la danza.

María Luisa GIL MEANA

Licenciada en Derecho
Licenciada en Historia Moderna y Contemporánea